

La sal ha sido fuente de discordia y motivo de luchas fratricidas durante siglos. Lo fue para los mayas, que la usaban como moneda de cambio y sometieron a otras comunidades para dominar su mercado. Hace 80 años se convirtió en la chispa que prendió la llama de la independencia de la India con la Marcha de la Sal encabezada por Gandhi. Ahora uno de los últimos escenarios de esta cruenta guerra es Nueva York, donde se ha emprendido una campaña para frenar el consumo del cloruro de sodio.

Al igual que ya hiciera con el tabaco y las grasas saturadas, el alcalde Michael Bloomberg lanzó en enero una propuesta para reducir en un 25% el uso de sal en los próximos cinco años, un programa voluntario y que tiene dos frentes. Por un lado, la industria de alimentos envasados, que no ha tardado en criticarlo, y por otro el de los restaurantes, que se han echado las manos a la cabeza por semejante «intromisión»

CRÓNICA DESDE
NUEVA YORK



EMILIO
López Romero

La sal de la discordia y de la hipertensión

en sus cocinas. La última ocurrencia ha llegado en boca del legislador Félix Ortiz, un demócrata de Brooklyn que va más allá y acaba de presentar un proyecto de ley que en caso de ser aprobado prohibiría a todos los restaurantes de Nueva York cocinar con el condimento blanco por excelencia. Y no se andan con tonterías. La medida prevé multas de hasta 1.000 dólares (726 euros) para aquellos osados chefs que se atreven a salar sus platos.

Son muchas las voces que han aplaudido la última iniciativa sanitaria impulsada en la Gran Manza-



►► Comida rápida neoyorquina.

na. Por pequeña que pueda parecer –dicen los que apoyan al alcalde–, cualquier contribución es buena para ayudar a reducir los niveles de hipertensión arterial, los problemas cardíacos y los derrames cerebrales, por mencionar solo algunas de las enfermedades que normalmente están asociadas al exceso de sodio en nuestras comidas.

Se calcula que en EEUU hay unos 73 millones de personas con problemas de hipertensión y otros 59 millones con serios riesgos de padecerla. La enfermedad se ha convertido en la segunda causa de muerte en el país y solo el año pasado costó la friolera de más de 50.000 millones de euros a los servicios de salud, según datos del Centro de Prevención y Control de Enfermedades.

A estas alturas nadie duda de los peligros del consumo excesivo de sal, pero muchos creen que medidas así no son las más acertadas para combatir el problema. Los principales afectados, los restaurantes, no salen de su asombro. «El que quiera

comer sin sal que vaya al hospital», aseguraba recientemente uno de los chefs más respetados de Nueva York. Absurdo, ridículo y exagerado son algunos de los adjetivos asociados a esta propuesta.

Una revista ha hecho un cálculo de la sal de algunos platos y los resultados son dramáticos. Los fettuccini Alfredo superan en un gramo la cantidad recomendada por día, al

Un legislador propone multas de hasta 1.000 dólares para los chefs que salan sus platos

igual que una hamburguesa completa, mientras que la ensalada César aporta la mitad. Pero de acabar prosperando estas medidas, ¿qué pasará con clásicos locales como los pretzels de la tía Annie, los hot dogs del Yankee Stadium o los sándwiches de Reuben? ≡

NUEVO LIBRO SOBRE LA DELINCUENCIA EN ITALIA

La Mafia cambia de piel

Dos reporteros aventuran en 'Malaitalia' la derrota del crimen organizado tradicional y su transformación a través de la penetración en el Gobierno, las finanzas y la industria

ROSSEND DOMÈNECH
ROMA

Las mafias italianas serán declaradas difuntas, eliminadas o diezadas antes del 2013, cuando acabe la actual legislatura gobernada por los conservadores. «La Mafia que relatan los libros, el cine y las series televisadas habrá dejado de existir. Oficialmente». Laura Aprati es contundente. Tiene la modestia de los reporteros de solera y la firmeza de la buena gente. Junto con Enrico Fierro acaba de publicar *Malaitalia*, un libro que no es solo un libro, sino una secuencia de confidencias, una investigación y un testimonio.

Todos los textos sobre mafias usan siempre los verbos en pasado. Cuentan que los aliados de la segunda guerra mundial se sirvieron de ella para entrar en Sicilia desde África, que la Democracia Cristiana gobernó el sur durante 40 años gracias a Cosa Nostra, que hace diez, cinco o tres años sucedió esto o aquello.

En primera línea

Malaitalia cuenta la actualidad, cómo ayer mismo servidores del Estado combatían en primera línea al crimen organizado desde una situación no menos peligrosa que la de Afganistán. Ignorados por la información del día a día. Y todo ello pese a que, a causa de la sumisión mafiosa, Campania, Calabria y Sicilia sean el lastre que arrastra Italia.

Más que un libro, el texto se asemeja a un largo reportaje televisivo en directo sobre lo sucedido la noche anterior a su publicación en



►► Lucha sin cuartel ► Agentes italianos se introducen en un zulo donde se esconden capos mafiosos.

EL CAMBIO

Las organizaciones ya no subyugarán territorios enteros, pero se introducirán en los ganglios vitales del país

las montañas del Aspromonte, en Calabria. Hasta ahora, nunca se habían publicado las confidencias de quienes, en esa primera línea, sacrifican diariamente las posibilidades que la vida ofrece, como tener hijos, o su convicción de que detrás de la primera fila los coroneles y generales siguen dirigiendo la guerra sin pactar con el enemigo.

O los riesgos que corren al decidir, sin permiso previo, que un mafioso recién arrestado pueda verse durante una noche entera con su esposa en una habitación de hotel para convencerle de que debe cola-

borar con la justicia, mientras los agentes mantienen acordonado el edificio, esperando la respuesta. En Calabria, Sicilia y Campania, los autores recogen las intimidaciones profesionales de quienes organizan los equipos de búsqueda y captura de los fugitivos.

«Nunca dejo solos a mis chicos. No podría dormir tranquilo sabiendo que aquella noche están apostados en una carretera, detrás de unos matorrales, para controlar un case- ríolo donde se esconde un huído», confiesa uno. Sale a relucir la sutil línea que separa a unos y otros –«noso-

tros y los mafiosos»–, con la dificultad de librar una «guerra» en la que unos respetan «las reglas de la democracia» y los otros no. Una guerra «entre quienes [los mafiosos] poseen una liquidez que ofusca cualquier banco y quienes [los policías] tienen dificultades para comprar papel de fotocopiadora».

En escasas 150 páginas, el texto describe esa «infantería» policial apostada en algún bosque siciliano o pegada a los auriculares escuchando las conversaciones de los lugartenientes de Matteo Messina Denaro, el líder más conocido de Cosa Nostra. Muchos le consideran el capo actual, sucesor de Luciano Liggio, Totò Riina y Bernardo Provenzano. Es uno de los cinco criminales más buscados del mundo y está fugado desde 1993.

«En cualquier momento»

«Messina Denaro puede ser detenido en cualquier momento...», afirman los autores del libro. Y uno se queda perplejo. ¿Por qué, pues, no se hace ya? La respuesta contiene probablemente la clave del por qué y con qué consecuencias, antes del 2013, las mafias tradicionales serán oficialmente derrotadas.

Escriben los autores que «las mafias han cambiado de piel» y que «el silencio actual de los fusiles no significa una tregua... sino solo un cambio genético». Se arresta a un promedio de ocho mafiosos por día y, echando cuentas, para el 2013 los detenidos equivaldrán al número de mafiosos armados.

Los capos de película habrán dejado de existir, porque la Mafia se habrá transformado «genéticamente», dejando de subyugar territorios para entrar en los ganglios vitales del país. Se habrá mudado a las finanzas, industrias, grandes superficies, ministros, diputados, senadores, concejales de urbanismo, banqueros. «La Mafia original ha sido vencida en el plano militar», dijo esta semana Pietro Grasso, fiscal nacional antimafia. La nueva será la «Mafia sumergida», en palabras de Messina Denaro. Y disparar ya no será necesario. ≡